

ras á veces, aunque conmovedoras; justicieras, aunque pusilánimes y arrulladoras y grandiosas. Pero el huérfano, macilento é indigente, cruza el proceloso océano de la vida, falto no sólo del calor del hogar, del cariño de los padres, del abrigo de los hermanos y del amor de la familia, sino también, burlado de la justicia del cielo y maldito por los infames decretos del mundo; pues con razón decía Voltaire, que todo en la vida tiene como los imanes: un lado que atrae y otro que repele: se siente una desgracia y salen al encuentro algunas obras de bondad aparente que la enmascaran y la pierden; la ríen y la lloran; la desprecian y la bendicen; la sienten y la olvidan. ¡Para qué tantos cambiantes! si no es más que la reproducción fiel y servil de los ritmos punzantes de la naturaleza; de las palpitaciones del aliento y de las incoherentes indicaciones de nuestro ser. Pero jamás el frío de la desgracia, enerva las almas fuertes y da-
das á la lucha; tienen el instinto de que no deben vivir para sí, y por eso, el lazo que las tiene sujetas nunca se interrumpe ó se troncha: acaba cuando pone fin á la existencia, el Soberano demoledor de todo lo viviente y de todo lo creado.

Nunca sintió d'Alembert en su corazón, la dura prueba de la inclinación que humilla el instinto de la fuerza, que es tan común en el hombre; nunca se sintió desairado, ni nunca mancilló sus primeros ímpetus, las locas pasiones, que abren fosos para encausar las ilusiones en determinado ideal, para sacrificar la esperanza á determinado ser, para verter lágrimas en holocausto del sacrificio de alguna víctima,